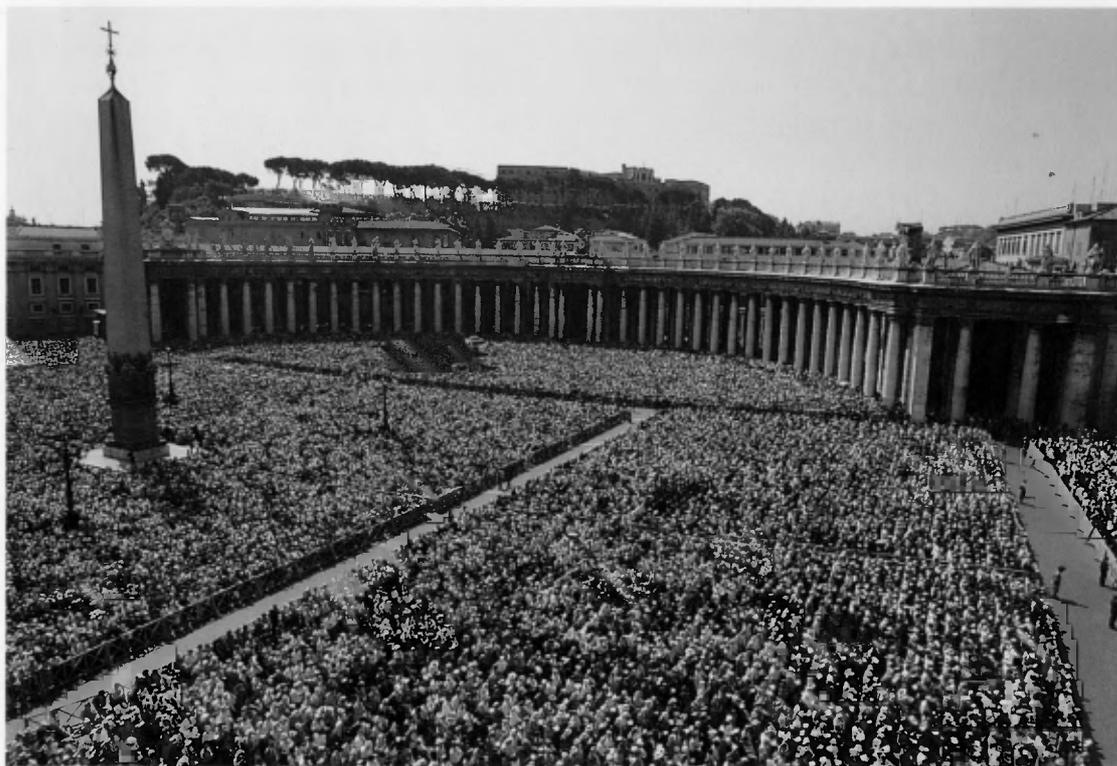


Un contemplativo itinerante

Mons. Javier Echevarría

Josemaría Escrivá de Balaguer nació en Barbastro en 1902. Fue educado en el seno de una familia en la cual las virtudes cristianas se vivían con naturalidad y espontaneidad. De inteligencia viva y carácter abierto, cuando tenía dieciséis años y vivía con su familia en Logroño, barruntó la inmensidad insondable del amor de Dios, y abrazó la vocación sacerdotal que se le había presentado como etapa necesaria para otra llamada divina, todavía desconocida. Primero en Logroño, y después en Zaragoza, pasó los años de sus estudios eclesiásticos pidiendo asiduamente al Señor la luz necesaria para descubrir esa otra llamada. En la Universidad de Zaragoza comenzó los estudios de Derecho con el permiso de sus superiores.

Josemaría Escrivá fue ordenado sacerdote en 1925. Dos años después se trasladó a Madrid para obtener el doctorado en Derecho, que en aquellos tiempos solamente concedía la Universidad Central. En la capital desarrolló una amplísima actividad sacerdotal, prodigándose de manera especial en favor de los pobres de los barrios más humildes y de los enfermos que llenaban los hospi-



Con la beatificación de Mons. Escrivá de Balaguer la Iglesia nos recuerda que el camino de la santidad está abierto para todos.



Santiago Escrivá
de Balaguer.

San Escrivá de Balaguer
aparece en la Enciclopedia
de Wikipedia. Verlo en línea.



Izquierda: Acudió
gente de 55 países:
el fruto de una gran
catequesis.

"Gracias, Dios mío, por
el amor al Papa que has
puesto en mi corazón."
(Camino, 573).

tales. Bien pronto su apostolado se extendió ampliamente por la sociedad madrileña. El 2 de octubre de 1928 el Señor le mostró, de manera repentina e inesperada, la misión que desde hacía tiempo le había hecho barruntar: fundar el Opus Dei. Por inspiración de Dios pudo contemplar esta nueva realidad eclesial en sus líneas esenciales: una multitud de cristianos comprometidos a santificarse en medio del mundo –en el trabajo ordinario, en la vida familiar y social– y a poner a Cristo en la cumbre y en la entraña de todas las actividades humanas. El 14 de febrero de 1930 el Señor extendió a las mujeres esta llamada, y en la misma fecha de 1943, con idénticas luces sobrenaturales, Mons. Escrivá fundó la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que hizo posible la ordenación de laicos del Opus Dei y su incardinación en la Obra, así como, más tarde, la incorporación a dicha sociedad de sacerdotes diocesanos, que, dependiendo exclusivamente de sus respectivos ordinarios en el ejercicio de su ministerio y sintiéndose estrechamente unidos a sus propios hermanos sacerdotes de la diócesis, buscaban la santificación según el espíritu del Opus Dei.

A partir de estos momentos fundacionales, y con el pleno apoyo del obispo de Madrid, Mons. Josemaría Escrivá se dedicó con todas sus fuerzas a promover el Opus Dei, que en aquella época –dada la novedad de su mensaje teológico y pastoral– aparecía a los ojos humanos como una montaña de imposibles. En medio de enormes obstáculos, entre los cuales no faltó tampoco “la contradicción de los buenos”, mantuvo una fe y una esperanza incommovibles en el carácter divino, y, por tanto, en la segura eficacia, de una empresa apostólica, que, hasta 1936, sólo había conseguido agrupar a un reducido número de estudiantes. Estas dificultades se multiplicaron con el estallido de la Guerra Civil española, que dispersó el incipiente fruto de su trabajo fundacional, y durante la cual corrió muchas veces peligro de perder la vida en el ejercicio clandestino de su ministerio sacerdotal. Recomenzó con nuevo empeño en 1938, dedicándose también entonces a predicar frecuentes tandas de Ejercicios Espirituales al clero secular y religioso, y a numerosísimos laicos.

En 1946, fecha del traslado de Mons. Escrivá a Roma, el Opus Dei había crecido ya considerablemente, gracias a la incansable actividad apostólica del fundador en las principales ciudades españolas. Una vez en Roma, donde se decía que el Opus Dei había llegado con un siglo de anticipación, don Josemaría Escrivá, con grandísima fe en el Señor y confiando siempre en la Santísima Virgen, obtuvo de la Santa Sede las oportunas aprobaciones pontificias de la Obra, hasta la definitiva de 1950.

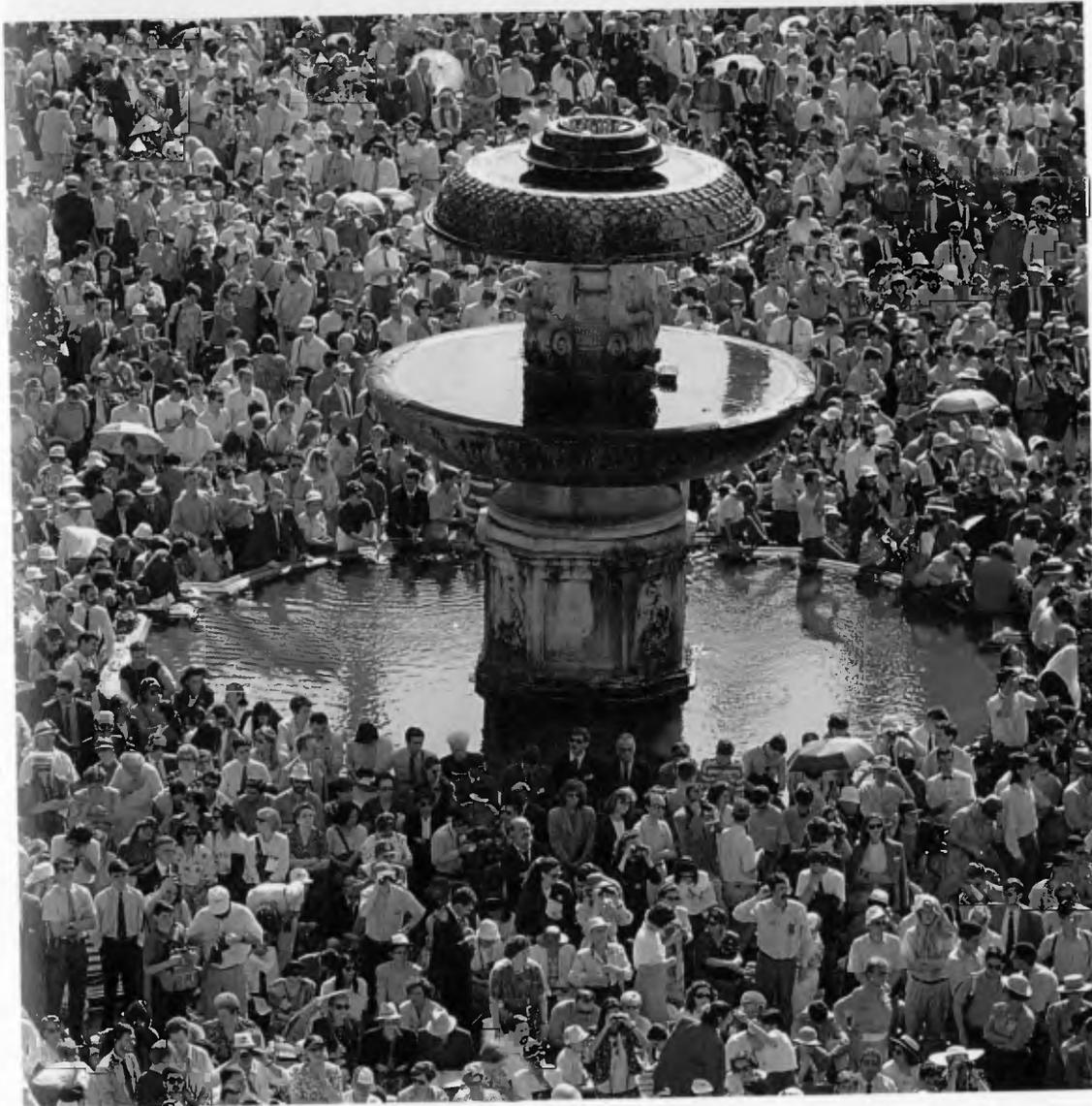
Si el lema de su vida fue siempre el de “ocultarse y desaparecer, para que sólo Jesús se luzca”, los años romanos –hasta su muerte, acaecida en 1975– subrayaron de una manera especial este programa, pues, a pesar de la fama de santidad y la consiguiente notoriedad de su figura, Josemaría Escrivá consiguió siempre mantenerse en un discretísimo segundo plano –llevando una auténtica “vida escondida en Dios”–, y promover la expansión del Opus Dei en las más diversas latitudes de los cinco continentes.

Por sus indudables capacidades teológicas, pastorales y jurídicas, Mons. Escrivá fue consultor de diversos dicasterios de la Santa Sede, a los que prestó



"La oración va antes que todo." (Surco, 448).

Las horas de espera antes de la ceremonia se hicieron muy cortas.



A la prensa mundial le llamó poderosamente la atención el clima de recogimiento y de oración entre todos los presentes.

En San Pedro no
esperaban semejante
afluencia de peregrinos.



El Beato Josemaría ha
llegado hasta tierras
muy lejanas...

valiosos servicios. En los últimos cinco años de su vida, movido por un ardiente amor a la Iglesia y al Papa, y por la responsabilidad de confirmar en la fe a los miembros del Opus Dei y a tantos otros millares de almas en las turbulentas situaciones que sacudían el mundo católico, emprendió cuatro viajes apostólicos que él mismo llamaba de “catequesis”: México, España, Portugal y América Latina (dos veces). Fueron viajes extenuantes, que afrontó en condiciones de salud con frecuencia precarias; en aquellas intensas jornadas apostólicas inflamó de amor de Dios a muchísimas personas. De estos viajes se conservan, como recuerdos inestimables, las filmaciones de numerosos encuentros con las multitudes que se acercaban a verle y escucharle, atraídas por su creciente fama de santidad de vida.

Mons. Escrivá ha dejado una rica producción de escritos espirituales, que lo sitúan por derecho propio entre los grandes autores de la literatura ascética contemporánea. Sus principales libros son: *Camino, Surco y Forja*, de un estilo aforístico agudo y penetrante; *Santo Rosario y Via Crucis*, comentarios llenos de piedad de los respectivos misterios y estaciones; *Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios*, selecciones de vibrantes homilías. No obstante, la mayor parte de su producción permanece todavía inédita.

Cuando entregó santamente su alma a Dios en Roma, el 26 de junio de 1975, Mons. Josemaría Escrivá dejaba el Opus Dei constituido por unos sesenta mil miembros laicos y unos mil sacerdotes de ochenta nacionalidades, después de una expansión que –todavía en vida del fundador– no resulta habitual en la historia de la Iglesia. Este crecimiento apostólico se debe, sin duda, a sus grandes cualidades de hombre de acción y a su talento organizativo, pero, todavía más, hay que atribuirlo a su profunda oración contemplativa, enriquecida por el Señor con abundantes gracias místicas –fue un “contemplativo itinerante”, como afirma el decreto sobre las virtudes heroicas–, y a su sensibilísimo espíritu de penitencia que alcanzó en todos los aspectos de la ascética cristiana niveles de verdadero holocausto. Si su fama de santidad fue grande mientras vivía, después de su muerte ha alcanzado dimensiones universales que sobrepasan las fronteras del Opus Dei, hasta tal punto que, en muchos países, la devoción a Mons. Escrivá constituye un verdadero fenómeno de piedad popular.

El Señor escuchó su deseo de “ocultarse y desaparecer” incluso en el camino que condujo a la obtención de la configuración jurídica adecuada al carisma del Opus Dei. El fundador preparó con esmero todos los estudios necesarios para presentar, en el momento oportuno, la petición. Pero contempló ya desde el Cielo la erección canónica del Opus Dei en Prelatura Personal de ámbito universal, al servicio de la Santa Sede y de las iglesias locales, en conformidad con lo que, en su infinita bondad, el Señor le había mostrado el 2 de octubre de 1928, impulsándole a recordar a todas las almas la llamada universal a la santidad, cada una en el lugar que ocupa en el mundo.

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.